

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 8, Diciembre 1999

Frente al mar, frente a la montaña

Lidia Gordon Knecht

pp. 132-136

Frente al mar, frente a la montaña

Lidia Gordon Knecht

DOS días antes del Día de la recordación viajó a Italia. En el aeropuerto de Roma la esperaba Fiametta. Luego de los abrazos y besos: –¿Cuántos años pasaron? Cuatro. No has cambiado. ¿Y esta línea al lado de la boca y las bolsas en los ojos? Estás cansada.

Subieron al destartado Fiat y viajaron a la casa de Fiametta. Reconoce las calles, el color rojizo de las casas, todo seguía como siempre, sólo ella ha cambiado. En la casa esperaba Laura, ya una muchacha, y se sentaron a almorzar.

–¿Cómo está Daniel? Laura sonaba más cortés que verdaderamente interesada.

–Está bien, ocupado con los estudios, no podía venir ahora, en una época tan cercana a los exámenes de bachillerato.

–Yo tengo un año más de Bachillerato, entretanto la paso bien.

Fiametta sonrió. Después le preguntó a Noemí:

–¿Otra vez escapándote del Día de la recordación?

–Como siempre. Ya no intentan que me quede, se acostumbraron. Aunque este año, por el jubileo del país, celebran el Día de la recordación a lo grande. Renovaron el monumento, prenden antorchas; ya sabes, los ceremonias en su máximo esplendor. Sus padres, como siempre, dejaron de llamar desde el día que recibieron la invitación. Esta vez quisieron llevar a Daniel. Les dije que le preguntaran a él, ya es bas-

tante grande para decidir solo. Les contestó que no quiere ir. Ya hace un año que recibió la orden de reclutamiento. No nos peleamos más por eso.

–¿Quería ir a una unidad de combate? Pensé que quería enrolarse en la unidad de computación.

–Sí, pero parece que un amigo le hizo un lavaje de cerebro. Hay algunos “valientes” que piensan que es una gran cosa reclutarse a una unidad de combate. Yo espero que todavía pueda convencerlo y, si no, no tendré más remedio que no firmarle.

–¿No tienes miedo de que se enoje contigo?

–Se enojará, pero lo tendré vivo.

Terminaron de almorzar. Laura partió a su clase de danza. Fiametta le propuso a Noemí que descansara y que después salieran a “hacer algunas compras”. Noemí se acostó en el amplio cuarto, el cuarto de huéspedes de Fiametta que antes era el cuarto de trabajo de Lillo, su ex-esposo, miró las estilizadas puertas del armario, la enorme cantidad de libros en la pesada biblioteca con puertas de vidrio, los cuadros originales en las paredes. Si se quedara... Pero ahuyentó rápidamente los pensamientos de arrepentimiento, eran reflexiones fútiles que conducen a un callejón sin salida. Leyó el libro de detectives que compró en el aeropuerto y se durmió. Fiametta la despertó. Ya es tarde y deben dar una vuelta para que Noemí alcance a comprar algo, dentro de poco los negocios cerrarán.

Nació en Uruguay y vive en Israel. Cursó estudios de doctorado en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Publicó dos libros de relatos en hebreo.

Viajaron al centro. Fiametta estacionó el coche y la condujo a los negocios en los que en todos los carteles se pregona "Liquidación de fin de temporada", 50%, 20%, cada negocio ofrecía las mejores gangas y la mercadería era una fiesta para los ojos. "¿Qué se puede hacer? Estamos en Roma, ¿no es cierto?". Noemí recorría inquieta las calles, pero se rindió a los ruegos de Fiametta, se probó ropa, se miró en los espejos y, finalmente, también compró. Un entrenamiento apropiado para el Día de la recordación, pensó, pero no se sentía muy culpable, sólo un pequeño sentimiento de incomodidad. No es lo que, en todo caso, "sería adecuado" que sintiera, pensó.

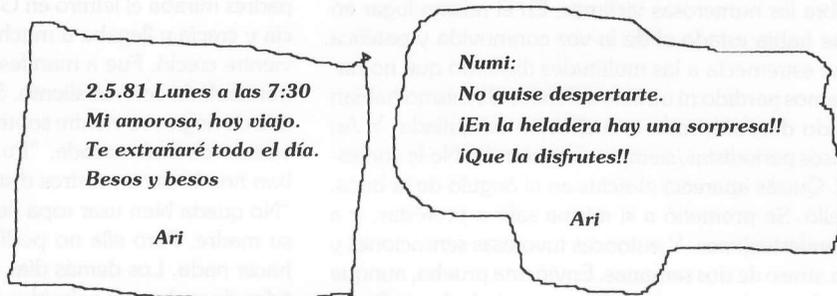
Al día siguiente alquiló un coche pequeño y reluciente con devolución en Nápoles. Desde allí tomaría la balsa. Fiametta insistió en que se quedara un día más y ella aceptó, cambió la fecha de alquiler y salieron a pasear a los lugares conocidos de antes, recordando, sentándose en el bar "ése" y comiendo en el restaurante "aquél". A la noche Fiametta le dio las llaves de la casa y algunas breves instrucciones, "porque Lucía ya se encargará de todo".

Partió a la mañana, inundada por un sentimiento de libertad embriagador, viajando velozmente en el reluciente coche por la cómoda autoestrada. Se sentía liberada de todo, sin obligaciones hacia nadie, sin el peso de su vida sobre los hombros, distante y distanciándose cada vez más, dirigiéndose constantemente al sur y teniendo a su derecha el azul imposible del Mar Tirreno – el mismo Mar Mediterráneo, pero distinto, distinto del de Israel. Más azul, pensó para sí, más transparente.

Dejó el coche en una agencia en Nápoles y encontró un hotel pequeño y simple, cerca del puerto, pero todavía en la parte segura de la ciudad. Esa noche durmió profundamente. A la mañana siguiente, en la lancha, el viento casi imperceptible, una suave brisa marina que acariciaba su rostro que miraba al horizonte, le produjo nuevamente un sentimiento parecido a la euforia. Luego de unas horas aparecieron las islas, gigantes de piedra negra paralizados en el mar. Escila y Caribdis, pensó, pero no recordaba si si éstas eran las denominadas Islas Lipari y si entre ellas se encontraba la suya, Stromboli. Al llegar al diminuto puerto, bajó llevando su bolso grande y enseguida se encontró conducida por Lucía a la casa rosada rodeada

por un pequeño jardín. Sobre la hornalla esperaba la comida que Lucía había preparado. Probó algo y Lucía se despidió calladamente, casi sin hacerse notar. La cama estaba tendida con sábanas blancas un poco almidonadas, como cuando era niña, y preservaban una frescura que casi producía escalofríos. Se acostó y ahí, en el cuarto posterior de la casa, frente al cuadrado de la ventana negra desde la que durante el día se divisaba la montaña, llegaron los pensamientos como murciélagos, volando pesadamente en su cabeza.

El la quería y a pesar de ello la traicionó. ¿En qué forma la quería? ¿En qué forma la traicionó? Acostada en el cuarto blanco, frente a la ventana que se abre a la amenazante montaña, invisible en la oscuridad, trató de definir, de recordar. Se traiciona a la patria, se traiciona a la mujer. "Murió como un héroe", dijeron junto a la tumba. Y después Jezi: "Era el fuego nuestro, ¿entiendes? La guerra es un lío, no es lo que está escrito en los anales". Se levantó y abrió el sobre. Un sobre con las esquelas que él guardó. Lo encontró en uno de los cajones del escritorio. De "su" escritorio, un escritorio de madera tallada que heredó de su padre, el Herr Doktor, y que pegaba tan poco con su modesta casa kibutziana.



No había tantas esquelas como recordaba, pero, el hecho de que las hubiera guardado... El hecho de que él las escribiera. Ese Ari de las esquelas no era el mismo Ari rudo de todos los días. Decenas de esquelas. A veces ella también le escribía. A veces. Poco. Porque le parecía infantil, porque no sentía que ése era Ari verdaderamente. ¿Qué le impedía ser así en el trato directo? ¿Para qué eran necesarios esos casuales trozos de papel que rasgaba al descuido, de páginas de cuadernos, de una simple hoja blanca o de un block de cartas? Ahora ella las ordenaba, una al lado de la otra sobre la pesada mesa de madera, y eran una presencia concreta, como un rompecabezas que no se une, como los trozos de su destrozado cuerpo que nunca le permitieron ver. La mayoría de las esquelas no tenía fecha, pero en algunas de ellas la fecha, e incluso la hora en que las escribió, estaban

indicadas con una precisión sorprendente. Trató de reconstruir cada uno de esos momentos, cuando quizás todavía dormía o se había ido a sus ocupaciones. ¿Qué pensó de él ese día, de qué hablaron?

Jueves - 19-7-81 -5:24

***Numi dulce, me voy.
Ayer no tuve el coraje de pedirte
perdón. Quizás ni siquiera sentiste que había porqué.
Por el rictus de tu boca, ése que te es tan característico,
comprendí que te herí. Pero tú quizás ni te diste cuenta.
Te dijiste a ti misma, es lo normal. Beso los ángulos de tu boca.
¡Perdón!!***

Esa vez la recordaba perfectamente. Estaban mirando las noticias. Pasaban un discurso conmovido del Primer Ministro. Lo patético despierta en ella enojo. Palabras sobre conquista sin víctimas, sobre el prodigioso poder del ejército judío, sobre el honor, la tradición. Palabras que detestaba. Y después, tal vez un día después, las noticias sobre el gran desastre, sobre las numerosas víctimas. En el mismo lugar en que había estado el de la voz conmovida y patética que estremecía a las multitudes diciendo que no habíamos perdido ni un solo soldado, allí mismo habían caído decenas, toda una división aniquilada. Y Ari -Esos periodistas, siempre exagerando. No le contestó. Quizás apareció el rictus en el ángulo de la boca. Calló. Se prometió a sí misma salir a protestar, ir a manifestaciones. Y entonces tuvo esas sensaciones y un atraso de dos semanas. Envío una prueba, aunque estaba totalmente segura y no necesitaba la confirmación del laboratorio. Y la confirmación llegó. Cuando se lo contó, él se sintió turbado y después irrumpió en un alud de fragmentarias palabras de alegría teñidas de azoramiento. Después de unos días se habían acostumbrado a la idea y él se lo contaba a todos con orgullo, teléfono a los padres de él, teléfono a los padres de ella, incluso antes de que ella alcanzara a hacerlo. La trataba como si estuviera enferma de una enfermedad rara, la cuidaba, no la dejaba levantar cosas, la mimaba con pequeñeces, como se mima a los niños. Ella le explicó una y otra vez que se sentía igual que siempre, que el embarazo no es una enfermedad, al contrario, que se sentía mejor que nunca. Y era verdad. Los dolores de cabeza que sufría desde la infancia desaparecieron. Estaba asombrosamente tranquila, casi todo el tiempo se sentía colmada por un sentimiento de plenitud y satisfacción. Los pensamientos sobre el vacío de su vida, sobre la futilidad de la vida cotidiana, desaparecieron. No necesitaba

nada, todo estaba dentro suyo, un mundo entero. Pasó otro mes y comenzó a redondearse. El médico dijo que todo estaba bien, el embarazo era perfectamente normal.

Y de pronto, un día, eso estaba en el buzón. Orden de movilización. Tan común y tan poco deseada. No la tocó. La dejó para él. Cuando llegue la leerá. El llegó, abrió el sobre marrón. Dijo -Dentro de dos semanas. Después prosiguió con sus cosas de siempre. Ir al trabajo, participar en la reunión del comité de hacienda, ajetrearse en la preparación de la lista de trabajo. Era invierno, era el tiempo de la cosecha. Trabajaba muchas horas, llegaba a casa sucio de barro y cansado, trayendo algunos aguacates a la casa, más

que nada porque ella, a quien antes no le gustaban, ahora los comía con fruición. Echaba una ojeada al diario y se dormía en medio de las noticias de la televisión. En las noticias seguían diciendo nombres. En el diario aparecían anuncios fúnebres todos los días. A veces era alguien conocido. Ya habían asistido a dos entierros. Cada vez que viajaba a casa de sus padres miraba el letrero en Gaash, cuyo número crecía y crecía y llegaba a muchos cientos. También su vientre creció. Fue a manifestaciones con una fe entremezclada con desaliento. Se paró en el cruce vestida de negro, su vientre sobresaliendo por debajo del vestido de embarazada. "Putas de palestinos", gritaban hombres con rostros distorsionados por el odio. "No queda bien usar ropa de embarazo negra", dijo su madre. Pero ella no podía quedarse sentada sin hacer nada. Los demás días se engalanaba con vestidos de embarazo coloridos y sueltos. Blusas bordadas, soleras floreadas. Pero los viernes vestía el uniforme negro y se presentaba en el cruce. Pasaron dos semanas. Ari tomó el equipo, siempre listo en el armario, el arma que estaba bajo la cama, las masitas que le preparó y los objetos de aseo especiales que, con un verdadero espíritu alemán, tenía siempre dispuestos en el botiquín del baño. Ella no supo qué decirle. Enroscó los brazos alrededor de su cuerpo, el vientre hinchado entre ambos. No tenía premoniciones. Creía en él y en su fortaleza como si fuera imposible herirlo. El era tan fornido, tan terrenal.

Cuando vino la gente con los miembros de la secretaria del kibutz y todo un cortejo, se resistió a creer. Dijo que era un error, que seguro que su Ari sólo había desaparecido, está tendido en algún hoyo, si era casi imposible identificar los cuerpos quemados. Todos la miraron compasivamente, dijeron que estaba en shock, le dieron calmantes, le dijeron que debía cuidarse, era responsable del niño que iba a nacer. Y

ella se contuvo, trató de comprender. Se escondió en la rutina. Pese a ello, la gente siguió diciendo que no superó la conmoción porque no aceptó acomodarse a las definiciones de su nueva situación. No hizo ningún monumento, no participó en ninguna ceremonia de recordación. Mi dolor es sólo mío, pensó, mi vida es sólo mía. Me niego a ser un símbolo, dijo, vivir según el rótulo de "viuda de guerra". "Está un poco desequilibrada", dijeron las gentes y la miraron con ciertas miradas. Crió al hijo que nació como si le hubiera nacido sólo a ella. No lo envió a campamentos de verano especiales. Cuando fue su *Bar Mitzva* se lo festejó como cualquier otro cumpleaños. Sus padres no le dijeron nada, pero los padres de Ari no se lo perdonaron. Hubo personas que trataron de ablandarlos, de explicarles que ella simplemente no había superado el trauma. Tuvo amores aquí y allá, pero no quiso volver a casarse. Jamás, pensó, jamás será como antes. Ahora, en esa isla, frente a la montaña, frente al mar, se sentía distante; pero las esquelas configuraban un rompecabezas indescifrado.

Lucía venía dos días por semana a ayudarla con la casa. De nada valieron todas sus protestas de que era innecesario, de que quizás viniese sólo una vez por semana para hacer una limpieza a fondo, y eso también como una concesión al empeñamiento de la mujer respecto de lo esencial de su cargo. Noemí sabía que Fiametta pagaba a Lucía y a su hijo una suma mensual para que se ocuparan de la casa, por lo que su sueldo no dependía de su trabajo diario. Bruno, el hijo, era también electricista y el hombre de reparaciones de la pequeña aldea en la que vivían indolentemente algunas familias, pese a la amenaza del volcán que se cernía sobre sus cabezas. Pero la mayor parte de su tiempo Bruno lo pasaba en el mar, pescando en su barca y proveyendo con su pesca a los demás habitantes y a los veraneantes que habitaban las casas que casi todo el año estaban vacías. Dos veces a la semana llegaba la balsa, trayendo productos frescos y turistas que se estremecían con el peligro del volcán. La misma balsa llevaba la pesca para su venta en el mercado de la ciudad de enfrente. Noemí siempre tuvo curiosidad por saber por qué Fiametta continuaba teniendo esa casa en un lugar tan peligroso. Pero ahora, entre las paredes blancas, frente al mar azul sobre el que una vez leyó una descripción de cómo sus costas se volvían cenicientas por la lava, se sentía colmada de una gran tranquilidad. Desde su ventana delantera divisaba sólo ese mar de azul imposible y en el horizonte, la erguida fortaleza del Strombolino con su iracundo cráter negro, ojo ciego de cíclope. Lucía, también ella como hecha de algún tipo de piedra, siempre vestida de negro y con sus ojos verdes como malaquita, fregaba el piso de ladrillos con una especie de furia ágil, sacudía las alfombras coloridas y preparaba almuerzos de pescados y

arroz y ensalada de tomates, una comida simple y asombrosamente deliciosa. Al principio no aceptó sentarse en la mesa con la señora, pero, tras unos días, se convenció y se sentó en el borde de la silla, comiendo comedidamente, sus ojos clavados en el plato. Las palabras salieron de su boca lentamente. El italiano era una lengua extranjera para Lucía, pero en su boca sonaba como un dialecto antiguo y majestuoso. También Noemí buscaba a veces una palabra que, subrepticamente, sin haber sido llamada, aparecía en hebreo. Los relatos llegaron pausadamente, como los peces cuando se recoge la red del mar. Las palabras quedaban prendidas en la lengua no acostumbrada a hablar mucho. El luto es por Gianni, que murió en el mar. No por fuego, por agua. En una tempestad en el mar. Ese mar azul es traicionero. Como los hombres. Ya hace seis años que está sola. Cría a Bruno, un muchacho excelente. Un hijo bueno y abnegado. Cuando era chico, estudiaba toda la semana con los curas de Lipari, donde hay una escuela. Después viajó a Nápoles y estudió la profesión de electricista. No quiere irse al continente, como la mayoría de los muchachos de hoy en día. Ama esta isla despiadada. Hay también un poco de tierra que ambos trabajan. Tomates, lechuga, pimientos, todo es de ahí. La lava es muy fértil. El fuego que queda en ella calienta a los vegetales como un buen útero. ¿Y la señora? ¿Es amiga de Fiametta? Una gran mujer Fiametta. También ella crió sola a sus hijos. Su hombre la dejó. Era un sinvergüenza. Siempre tuvo otras. Y ella trabajaba como un hombre. Viene poco. No tiene tiempo. ¿Y la señora? ¿Está sola? ¿Es viuda? Tan joven y viuda. No lo pensé, no viste de luto. Sí, no es obligación. Murió en la guerra. Sí, escuché que Vds. tienen muchas guerras. La Tierra Santa, es claro, todos la quieren para sí. ¿Ya dieciseis años? Sí. Un hijo. Es triste que un hijo no conozca a su padre. Mi Bruno por lo menos conoció al suyo. Salía con él en la barca, le ayudaba a reparar la red. Juntos plantaron la higuera al lado de casa. Mi Gianni era un buen hombre. Lástima, una mujer joven, casi una niña, podía haberse casado, dar un padre a su hijo. Sí, yo sé. No es fácil. El corazón no se resigna. Tampoco aquí todas visten de luto todo el tiempo y su corazón está siempre de duelo. Y se necesita un hombre. Quizás no para casarse, para que haya otro corazón en la casa, otro par de manos. Al día siguiente me trajo flores. Que haya un poco de color en la casa. Noemí las dibujó, un dibujo ingenuo, lleno de color. Cuando Lucía llegó al día siguiente, se asombró mucho. Es tan lindo el dibujo. ¿Para mí? Qué hermosas. Ahora ya nunca se marchitarán, quedarán para siempre en mi pared.

Al irse Lucía, volvió a poner todas las esquelas sobre la mesa. Como si jugara al solitario. La esquelita aquella la puso en el centro. Nuevamente quiso leer

la. La esquela que no leyera nunca antes. Estaba ahí, en la caja que Ari puso en el cajón del antiguo escritorio. Una esquela que al parecer no se atrevió a darle, que quizás quiso dejarle antes de viajar o, al contrario, que tal vez pensó que había demasiado poco tiempo para entregársela antes de su partida. Noemí no sabía. De hecho, sólo hace pocos días había encontrado la esquela, cuando buscaba en el cajón del antiguo escritorio la libreta con direcciones en Italia.

Después de que Ari murió y de que ella aceptara saberlo muerto, ya no pudo tocar sus cosas. Quedaron como él las había dejado. Todos los años, en el día del aniversario de su muerte o en el Día de la recordación, viajaba. Una vez a Eilat, otra a otro lugar del país, lo más lejos posible de la casa y las ceremonias; a veces viajaba a Italia. Fiametta siempre estaba allí para ella, la misma Fiametta con la que fue al jardín de infantes, con la que estudió en el secundario, la misma que lloraba, parada en el aeropuerto, cuando decidió viajar a Israel. También esta vez, como todos los años, la decisión de viajar surgió espontáneamente. Daniel se quedó, dijo que se las arreglaría, si ya es totalmente independiente, puede ocuparse de sí mismo. Estará en su cuarto, en el alojamiento de los jóvenes, irá a la casa, dará de comer y mimará al perro, disfrutará de estar solo en casa de mamá. Cuando comenzó los preparativos, tomó del cajón la libreta con las direcciones en Italia, más que nada por los llamados telefónicos que pensaba hacer. De pronto divisó el sobre, debajo de la pila de papeles. Lo abrió y las esquelas cayeron como hojas secas. Leyó, recordó, lloró. Como hacía tiempo no recordaba haber llorado. Como hacía tiempo no se había permitido llorar. Y entonces llegó

a esta esquela, la desconocida. Un túnel de tiempo que la condujo a otro pasado, a un pasado nuevo. Repentinamente, era otro dolor, un dolor distinto, un dolor vivo.

Tras el primer impacto, casi se alegró. Como si se dijera a sí misma: un sentimiento. Un sentimiento verdadero, agregado al mismo sentimiento que se siente cuando una y otra vez se rasca la misma cicatriz hasta que nuevamente fluye la sangre en la herida. Y también había algo que se había acabado. El fin de esa burbuja que contenía el amor perfecto, eterno, de Ari, que sofocó toda otra posibilidad. Volvió a leer la esquela puesta sobre la pesada mesa de madera en la casa rosada, frente a la amenazante montaña y al mar.

3-2-83 Miércoles 5:15

Nomica:

Esta noche casi no dormí. Sí, seguro que eso te parecerá raro, si yo siempre duermo como un oso.

Pero el domingo seré movilizado y la conciencia no me deja

me atormenta y no puedo dormirme.

Te traicioné. ¡No pude resistir la tentación!

Fue un corto romance con Batia, los dos nos dejamos llevar. Pero eso ya ha terminado.

No quise contártelo; estás embarazada, me siento tan mal, no tengo palabras para, no puedo describirte qué es lo que siento. Espero que alguna vez me perdones. Te quiero como siempre, más que nunca.

Ari

Sintió que no podía perdonar. Estaba enojada y dolorida, pero también agradecida. Se liberaba del hechizo que aprisionaba su vida. Quizás ahora... No finalizó el pensamiento. Fue a la ventana delantera y miró el mar.

Más azul, pensó, más azul y más transparente.

Traducción del hebreo de Mery Erdal Jordan